

Alcance continental del modelo socialista francés

Francia era una sociedad y un Estado socialdemócrata, estatista, socializante e intervencionista mucho antes de la llegada al poder de François Mitterrand (10-V-81) y el Partido Socialista (PS) (24-VI-81). La *restauración* socialista y nacionalista del actual gobierno francés acelera una tentación estatal a la que sucumbieron, en distinta medida, durante los últimos cuarenta años, todos los gobiernos conservadores, nacionalistas, socialistas, radicales, reformistas y liberales franceses.

Los indicadores más gráficos y elocuentes subrayan que la socialización definitiva del presupuesto del Estado francés se consuma a lo largo de los años setenta. En 1976, dos años después de la llegada al poder de Valéry Giscard d'Estaing, los ingresos fiscales del Estado (Seguridad Social incluida) ascienden al 39,45 por 100 del producto interior bruto (PIB). En esa fecha, otros países socialdemócratas, socialistas o laboristas poseen unos ingresos estatales similares: el 38,91 por 100 del PIB en Austria, el 36,70 por 100 del PIB en Inglaterra, el 36,70 por 100 del PIB en la República Federal Alemana (RFA)¹.

En esa fecha, los países socialdemócratas norte-europeos, Suecia, Finlandia, Noruega, Dinamarca, etc., ya cuentan con ingresos fiscales de carácter estatal que drenan y absorben entre el 42,19 (Finlandia) y el 50,89 por 100 del PIB (Suecia). Pero Francia se encuentra a la cabeza de los países liberal-occidentales miembros de la OCDE en otro índice de socialización decisivo²: las empresas aseguran, ya entonces, el 39,6 por 100 de los ingresos fiscales del Estado. En Dinamarca, ese indicador básico sólo asciende al 4 por 100; en la República Federal Alemana (FRA) asciende al 25,6 por 100; en Inglaterra asciende al 15,9 por 100; en Suecia asciende al 30,5 por 100; en Estados Unidos asciende al 24,4 por 100.

Por el contrario, la imposición de las familias, en tanto por ciento final del PIB, es al mismo tiempo, por esas fechas, relativamente reducida en Fran-

¹ *Revenue Statistics of OECD member countries (1965-76)*, clasificación normalizada. Ed. OCDE, París, 1978.

² «Les voies de la socialisation», de René Lenoir, en *Le Monde*, 30-111-80.

cia (22,5 por 100 del PIB), en oposición a la poderosa e inexorable presión fiscal ejercida en otros países socialdemócratas o liberales: 43,4 por 100 del PIB en Suecia, 50 por 100 en Inglaterra, 46,5 por 100 en Holanda, 50,5 por 100 en los Estados Unidos, 55 por 100 en Dinamarca, 46,6 por 100 en la República Federal Alemana.

Las dimensiones políticas de tales cifras básicas parecen bien evidentes:

— La socialización del presupuesto estatal será financiada en primer grado por las empresas (paralelismo estructural con los modelos español e italiano), a la inversa del proceso seguido en el resto de las democracias occidentales; favoreciéndose, fiscalmente, el intervencionismo, la dependencia-sumisión de la iniciativa privada, el malthusianismo empresarial y el estatismo dirigista.

— La relativamente baja imposición de las familias (otro hecho único y perfectamente significativo entre las democracias occidentales) sostiene y alimenta un tejido social proclive, por bien palpable egoísmo fiscal, a las «alternativas» burocráticas y estatistas, cuyos intereses están íntimamente ligados al funcionariado estatal (los profesores y funcionarios del Estado son la *clase dominante de modo absoluto* en la actual Asamblea Nacional francesa), y cuya discursiva intelectual limita con el bonapartismo socializante y nacionalista.

Los síntomas son semejantes e idénticos en el resto de las grandes magnitudes y proporciones macroeconómicas. El sector público tiene, ese mismo año 1976, proporciones que son ya superiores a las de bastantes países socialdemócratas europeos. En el 76, el sector público francés controla el 33 por 100 de las inversiones nacionales. En esa fecha, el sector público sueco (son los años aparentemente dorados del modelo escandinavo) sólo controla un 25 por 100 de las inversiones, el sector público inglés sólo controla un 29 por 100 y el alemán sólo controla un 21 por 100.

Bajo el septenato de Giscard d'Estaing, la economía francesa sufrirá dos convulsiones mayores: la internacionalización y penetración de la economía mundial será ya un fenómeno irreversible (en 1958, las exportaciones ascienden al 9,4 por 100 del PIB; en 1980 ascienden al 21,1 por 100 del PIB); y la socialización del presupuesto se acelera de modo inexorable (entre 1974 y 1981, septenato VGD, los ingresos fiscales del Estado crecieron el doble, en tanto por ciento del PIB, que entre 1958 y 1974, mandatos presidenciales de De Gaulle y Pompidou)³. En 1981 los ingresos fiscales del Estado ascenderán al 42,4 por 100 del PIB (18,2 por 100 de cotizaciones sociales, más un 24,2 por 100 de presión fiscal). Quedaba rebasado el umbral de la socialización. En 1982, el Estado absorberá un 43,6 por 100 del PIB.

La utilización del presupuesto estatal de corte jacobino como «arma redistribuidora» de la producción de riqueza colectiva era jugada y utilizada según las mismas normas y principios del resto de las sociedades socialdemócratas: en 1981, el 35 por 100 de los ingresos disponibles de cada familia francesa

³ «Profil Économique de la France au seuil des années 80», bajo la dirección de Jean Fierre Pagé, en *La Documentation Française*, París, 1981.

tenían un origen en los servicios estatales⁴. Se trata de una proporción más del doble superior a las prestaciones sociofamiliares del gobierno federal de los Estados Unidos.

La estatización y no integración del mosaico social en la marcha de los negocios económicos y comerciales del país es igualmente mensurable, de modo muy gráfico, a través del cómputo estadístico de la propiedad y el comercio de acciones en el seno de la comunidad: en 1981, apenas sólo 2,3 millones de franceses eran propietarios de acciones de una compañía o sociedad anónima (uno de cada 23 ciudadanos franceses). Cifra irrisoria en comparación⁵ con los 29,8 millones de accionistas estadounidenses (uno de cada siete americanos), los 4,5 millones de accionistas alemanes (uno de cada 12 alemanes) o los 10 millones de accionistas japoneses (uno de cada 12 japoneses).

La adaptación de Francia al nuevo mercado mundial, forzada por la crisis petrolífera, la irrupción violenta en la economía internacional de los nuevos países industriales (NPI), las sucesivas revoluciones tecnológicas (nuclear, informática, etc.), reposará en los análisis conceptuales de la Comisaría General del Plan: «El empleo está ligado al crecimiento. El crecimiento está ligado al equilibrio exterior. El equilibrio está ligado a la adaptación de nuestro aparato de producción industrial al mercado mundial.»

La centralización dirigista del crédito y la *información* estratégica, el intervencionismo estatal inexorable en todos los sectores sensibles (nuclear, electrónica, informática, telecomunicaciones, siderurgia, exportación agraria), el elevado costo monetario de la reconversión industrial, reafirmarán y acentuarán, durante los años setenta, las tentaciones estatistas en todos los grandes sectores industriales. Y la socialización y nacionalización de los estratégicos —el complejo nuclear es el más evidente y decisivo— estará ya íntimamente ligada a la remodelación del tejido industrial impuesta con violencia por la mundialización definitiva del comercio, la explosión demográfica del Tercer Mundo y las convulsiones tecnológicas de la Tercera Revolución Industrial, en un proceso en marcha que se inicia y cobra sus exactas proporciones nacionalistas durante el mandato de VGD. Paralelamente, el tejido económico estatal devorará y aniquilará millares de empresas pequeñas y medianas en una carrera a la estatización generalizada y masiva: en 1981, 20.895 empresas⁶ se encuentran en suspensión de pagos o liquidación judicial de bienes; un 20,3 por 100 más que en 1980 (que, con 17.735 hundimientos de empresas, se consideró, por entonces, como un récord histórico grave).

En la nueva división mundial del trabajo, el modelo francés tiene todos los rasgos del capitalismo monopolista de Estado, en todas las ramas mayores de la producción industrial: construcción aeronáutica, siderurgia, armamentos, metalurgia, transformación de metales, informática, química de base, electrónica, telecomunicaciones.

Coincidiendo, pues, con la gran mutación industrial planetaria de los años

⁴ *Business Week*, «France: the boost from consuméís could spell trouble later», 15-11-82. ⁵ *The Wall Street Journal*, «How French 'Capitalism' Lost Its Legitimacy», 11-XI-81. • *Le Monde*, 20-1-82.

setenta, el modelo económico francés sufre una doble, brutal y contradictoria tensión: la internacionalización del mercado y la rabiosa necesidad de adaptación industrial provocan un proceso centrífugo de implantación multinacional de los grandes grupos industriales y bancarios franceses; el jacobinismo estatista local crea la base intelectual, social, económica y cultural que acelera un proceso inverso y centrípeto de nacionalización brusca y terminante del mercado (automóvil), nacionalización de los sectores de producción (electrónica, telecomunicaciones), socialización de las pérdidas (siderurgia), estatización de los procesos tecnológicos internacionales (una informática o una química de base de «carácter nacional francés»).

Tal complejo de relaciones históricas, políticas, sociales, económicas, comerciales, estratégicas y culturales, y el mismo *rapto de la sociedad civil*, a quien *el Estado roba la gestión de los negocios económicos de la comunidad*, tiene dos primeras lecturas políticas que estimo capitales:

a) El modelo económico anterior a la toma del poder socialista se distingue por una estatización más que considerable de la gestión, producción y distribución de riqueza.

b) El Estado es el *entrepreneur* privilegiado, con poderes absolutos, que reglamenta cualquier iniciativa privada en función de directrices políticas y económicas de la burocracia estatal. *No existe*, de hecho, la movilidad estrictamente capitalista-liberal en ningún sector neurálgico de la economía nacional. El modelo económico francés tiene todos los rasgos de la autarquía financiera socializante: control de precios, control de cambios, sector público muy extenso y tentacular, nacionalismo industrial, socialización del presupuesto estatal.

∨ ^ ^

Sin duda, la estatización presupuestaria no es, de ningún modo, una solitaria particularidad francesa: la brutal decadencia histórica de Inglaterra está íntimamente ligada a la vasta ola de nacionalizaciones de la inmediata posguerra, impuesta por razones ideológicas de principio por el Partido Laborista; la imposibilidad meramente física de gobierno en Holanda o Bélgica (semestres enteros sin poder formar un minúsculo gobierno de coalición) no puede ser disociada de la no gobernabilidad económica de los presupuestos estatales, desencadenando devastadoras batallas políticas, de un costo financiero feroz para la sociedad civil; el estancamiento sueco, la victoriosa campaña electoral de Ronald Reagan (centrada sustancialmente en la denuncia del Estado providencia), la crónica inflación italiana, son fenómenos mayores asociados por osmosis a las aventuras y desventuras del Estado socialdemócrata, intervencionista y socializante.

La crisis intelectual y económica de dicho modelo es, sin duda, un acontecimiento particularmente considerable en la historia de las ideas. Y, exceptuando a los marxistas, no hay una sola escuela de pensamiento político-

económico que no denuncie de modo agresivo las pesadas, gravosas y amenazantes lacras de la estatización presupuestaria.

Los socialistas italianos descubren⁷ la economía de mercado y se enfrentan a un proceso de *desnacionalización* del sector público⁸, impuesto como medida de racionalización ante los desafíos de la crisis mundial.

Los laboristas ingleses protagonizan un doble desgarró: los socialdemócratas liberales deciden abandonar el partido, acontecimiento determinante en el seno de las instituciones inglesas; y los laboristas históricos llegan a conclusiones sorprendentes: «Nosotros *no* consideramos que sea útil la nacionalización de instituciones bancarias o aseguradoras existentes»⁹.

Para los socialistas autogestionarios franceses, el todo Estado socialdemócrata ha entrado en una crisis sin salida de burocratización intensiva. Por ejemplo, Pierre Rosanvallon, economista socialista que trabaja con el sindicato CFDT (socialista autogestionario, equivalente a la UGT española), ha consagrado un libro al problema con un título muy significativo: *La crise de l'État providence*, comentando¹⁰: «*La crisis del Estado providencia proviene de bloques externos y de sus disfunciones burocráticas internas (...). La socialización de los riesgos y la redistribución financiera que opera acaban por aparecer completamente desconectados de las relaciones sociales (...). Nada hay de más urgente que pensar el más allá del modelo soáaldemócrata, cuyas virtudes se han agotado...*»

Para las grandes instituciones económicas internacionales, para los economistas profesionales, la crisis de la estatización es una amenaza de carácter universal. El ejemplo más significativo en este campo quizá sea el volumen publicado por la OCDE con un título programático: *L'État protecteur en crise*ⁿ. En este ensayo de análisis internacional del proceso participan medio centenar de expertos de todos los grandes países occidentales; y su investigación parte de estos puntos de principio básicos: «*La presente obra sobre la crisis del Estado protector trata de uno de los principales problemas de nuestro tiempo (...). Comienza a perfilarse la idea de que ciertas políticas sociales (indemnización del paro, salario mínimo, impuestos elevados sobre los salarios pagados por las empresas) tienen efectos negativos; hasta el punto*

⁷ «El descubrimiento del socialismo italiano: el liberalcraxismo», de Enrique Fuentes Quintana, en *Mercado*, Madrid, primera quincena de mayo de 1981. Fuentes Quintana cita a Ugo Intimi, director de *Avanti!*: «Para nosotros, el pluralismo económico es el presupuesto del pluralismo económico.» Los socialistas italianos buscan fórmulas para privatizar el gravoso y peli grosamente empantanado sector público de su país.

⁸ Véase «Italy Plans to Revitalize Industrie, Con Brío», de Axel Krause, en *International Herald-Tribune*, París, 18/19-VII-81. O «Italy Forced to Rethink Industry Plan», de John Taglabue, en *International Herald-Tribune*, París, 13/14-11-82.

⁹ Tal revisión doctrinal, más que considerable, se consuma en el Informe del Comité de Revisión del Funcionamiento de las Instituciones Financieras en Gran Bretaña, presidido por el *ex première* laborista sir Harold Wilson, publicado en Londres en 1980. Hay traducción española del Informe en el número 4 de la *Revista del Instituto de Estudios Económicos*, Madrid, 1980, consagrado a la reforma del sistema financiero.

¹⁰ «Crise et avenir de l'État-providence», de Pierre Rosanvallon, *Le Figaro*, París, 20/21-11-82.

ⁿ *L'État protecteur en crise*, varios autores. Publica la OCDE, París, 1981.

mismo de impedir en parte el retorno a un crecimiento no inflacionista (...). Nuevos valores y preferencias económicas aparecen en las sociedades industrializadas, hasta el extremo de que sea necesario dar nuevas prioridades a la política social.»

Finalmente, para los anarcocapitalistas americanos, no hay duda: el acontecimiento mayor en la historia de las ideas de nuestro tiempo es el fin del sueño estatista, socialdemócrata y socializante¹².

Socialistas italianos, socialdemócratas y laboristas históricos ingleses, socialistas autogestionarios franceses, liberales, conservadores, coinciden en un extremo decisivo para las economías europeas: el todo Estado socialdemócrata y socialista se ha convertido en un monstruo burocrático peligroso política y económicamente. Para los socialistas italianos, el pluralismo político está asociado al pluralismo económico. Para los socialdemócratas alemanes, el problema se plantea con toda su crudeza ideológica, política y cultural: *sólo pueden gobernar* asociando a las tareas gubernamentales y a la gestión financiera al partido y los ideólogos liberales, particularmente influyentes en el seno de la Internacional Liberal.

* * *

A mi modo de ver, es imposible entender el alcance, peculiaridades, significado, riesgos y originalidad de la experiencia socialista francesa sin subrayar esos dos extremos capitales:

— Francia ya era un país socialdemócrata y socializante antes de la llegada al poder de Francois Mitterrand y el PS. El modelo socialista francés acelera de modo agresivo la estatización del sistema bancario e industrial, hasta un límite sin antecedentes en la historia económica de las democracias occidentales.

— Tal experiencia se consuma en un contexto económico internacional que considera los modelos estatistas como conceptos intelectuales *arqueosocialistas*. París pone en práctica en 1981 una política literalmente idéntica al proyecto de León Blum en 1936; y recurre a métodos de gestión que ya fueron ensayados con distinta fortuna, para ser luego abandonados política, económica y electoralmente en Londres, Estocolmo, Bonn, Washington o Bruselas en los últimos cincuenta años.

Siendo Francia la quinta potencia económica internacional, la tercera potencial atómica mundial y un pilar decisivo y fundacional de la Comunidad Económica Europea (CEE), parece evidente que el desarrollo político y económico de la experiencia socialista francesa tendrá una influencia considerable en la marcha de los negocios europeos e internacionales, a título activo o pasivo: sólo la historia responderá en uno u otro sentido.

La gestión económica estatista y nacionalista es el único rasgo original del

¹² La síntesis más brillante de tal escuela de pensamiento quizá sea *Wealth and Poverty*, de George Gilder, Nueva York, 1981.

otoño de 1981, han costado a Francia, en un solo semestre, varios centenares de millones de dólares y la pérdida de mercados estratégicos en los países árabes¹⁷. «Renault» ha sido inscrita en la *lista negra* de los países del Golfo, lo cual supone pérdida ostensible de mercados y oportunidades. La OLP¹⁸ «invita a todos los países árabes a *reconsiderar* sus lazos comerciales con Francia». El diario sirio *Al Saoura* denuncia la política francesa como «un desafío al pueblo árabe y la comunidad internacional». El diario saudita *Al Jarizah* reclama a los países árabes «reconsiderar sus relaciones con Francia, en función de la nueva actitud hostil a los árabes y favorable a Israel». Las empresas y exportadores franceses sufrirán las consecuencias económicas de tales enfrentamientos diplomáticos. La venta de armas a Arabia Saudita, la venta de tecnología nuclear a Irak (negocios en marcha desde hace años) son los dos jalones primordiales que impiden un mayor deterioro de la posición estratégica francesa en Oriente Medio.

Las iniciativas francesas en Centroamérica (declaración conjunta con México sobre la representatividad de la guerrilla salvadoreña, venta de armas a la Nicaragua sandinista) tienen un alcance mucho más limitado, pero producen reacciones igualmente contradictorias: Colombia siente su integridad territorial amenazada y juzga *peligrosas* las iniciativas francesas, estimando que «contribuyen a reforzar la *inestabilidad* de la región»¹⁹. Exceptuando Cuba, Nicaragua y la guerrilla salvadoreña, el resto de los países y fuerzas políticas de la región (algunas de ellas integradas en la Internacional Socialista) sienten una muy escasa estima por tales iniciativas. No obstante, Francia *no* es una potencia americana; su implantación diplomática, militar, política y económica en la zona es particularmente exigua. Y por el momento, estima *Le Monde*, portavoz oficioso, con frecuencia, de la diplomacia francesa, «para los Estados Unidos, la posición de Francia sobre Polonia es mucho más importante que sus simpatías por los revolucionarios de América Central»²⁰.

Mucho más peligrosos, aunque mucho menos espectaculares, son los contentiosos franco-europeos. El 7 de octubre de 1981, el Consejo de ministros francés aprobaba un memorándum para el «relanzamiento de la construcción europea». Tal iniciativa fue acogida con un silencio glacial en todas las capitales europeas. Las primeras propuestas de Francois Mitterrand, en la cumbre europea de Luxemburgo de junio de 1981, habían suscitado las mismas reticencias y desinterés profundo del resto de las capitales europeas.

Durante los primeros diez meses de gestión del gobierno de Fierre Mauroy, las relaciones de Francia con todos sus aliados europeos han sufrido un deterioro sensible. Y ese deterioro afecta a los fundamentos de la solidaridad en el seno de la CEE:

1.º Tras el Consejo europeo del 30 de junio de 1981, el eje París-Bonn (la pieza maestra donde ha reposado, durante veinte años, la construcción

Le Monde, 5-II-82.

Le Monde, 13/14-XII-81.

Le Monde, «La Colombia s'estime menacée», 21/22-11-82.

Le Monde, 9-1-82, estima, no obstante, que «Francia ha hecho una apuesta *arriesgada*».

europea) sufría una fractura política, psicológica y económica. Y *Le Monde* se preguntaba: «La gran cuestión es saber si un entendimiento germano-británico está camino de sustituir al entendimiento franco-alemán, jalón fundacional de la Europa gaullista y posgaullista»²¹. Por su parte, el *Times* de Londres se había limitado a subrayar la «frialdad» con que habían sido acogidas las propuestas económicas de Mitterrand en la cumbre²². El deterioro y peligrosos equilibrios que debe sufrir la figura del canciller Helmut Schmidt en Bonn, la fragilidad misma de la coalición socialdemócrata-liberal en la RFA, la eventualidad de un retorno al poder de la democracia cristiana (*partido mayoritario* en el Parlamento alemán), no contribuyen a restaurar sólidamente el antiguo eje París-Bonn²³.

2.º El no entendimiento París-Londres es un contencioso antiguo, íntimamente asociado a la insularidad británica, la construcción de la Europa agrícola; y la divergencia radical de puntos de vista de todas las fuerzas políticas inglesas y todas las fuerzas políticas francesas ante la construcción europea. La diferencia de criterios ideológicos entre Mitterrand y Margaret Thatcher no ayuda a una negociación política. Desde la cumbre europea de Dublín de 1979, la guerra París-Bonn se ha convertido en un problema institucional grave y decisivo para el futuro de la CEE. El no ingreso de España en la Comunidad está íntimamente ligado a ese problema mayor de la construcción europea.

3.º El enfrentamiento agrícola París-Roma concluía el pasado mes de enero con el cierre terminante de las fronteras francesas a los vinos italianos. La Comisión de la CEE y el gobierno italiano plantearon el problema ante la Corte de Justicia europea, denunciando una «violación flagrante» del derecho europeo y el Tratado de Roma, cuyo vigésimo quinto aniversario se cumplió el pasado mes de marzo. Desde la creación de la Política Agraria Común (PAC), Francia e Italia sostienen una guerra del vino que ha llegado a causar muertos en el Mediodía francés. Se trata de un problema muy anterior a la llegada al poder de François Mitterrand; pero el no entendimiento entre los agricultores franceses y su gobierno crea un nuevo y profundo malestar, que vuelve a dañar los intereses de los exportadores italianos.

Sin duda, ninguno de tales contenciosos tiene un carácter de enfrentamiento mortal. Pero todos ellos reflejan de modo muy gráfico la morosidad, aislamiento y diferencias de criterio generalizadas entre el gobierno francés y sus aliados europeos. Las relaciones entre París y las superpotencias son, igualmente, objeto de tensiones contradictorias.

Washington sostiene y ampara las tesis francesas sobre la defensa europea (bomba de neutrones, denuncia del caso polaco, restauración del equilibrio nuclear, hoy favorable a la URSS); y manifiesta su irritación por la presencia de ministros comunistas y la venta de armas a Nicaragua.

Moscú alienta y ampara desde las páginas de *Pravda* la presencia de mi-

²¹ *Le Monde*, 2-VII-81.

²² *The Times*, 30-VI-81.

²³ *Financial Times*, «Paris-Bonn ties under strain», 7-1-82.

nistros comunistas en el Gobierno y denuncia de modo muy brusco el atlantismo militante de Mitterrand y sus ministros.

Tal es el marco diplomático donde se inscribe la experiencia económica socialista: la verdadera cuestión determinante para el modelo nacional francés. Siendo modesto el grado de integración de las economías europeas en el seno de la CEE, es muy considerable el incremento espectacular de los intercambios comunitarios, pero la fragilidad monetaria de esos lazos es tal que cualquier desequilibrio de relativa envergadura provoca tensiones peligrosas para el resto de la Comunidad. Elementales diferencias de criterio en cuestiones sensibles de política económica se convierten en oscilaciones bruscas en todos los indicadores de la actividad política, financiera y comercial, provocando tempestades monetarias difícilmente controlables, devastadoras para el resto del tejido social.

* * *

Los principios doctrinales básicos de la nueva política económica francesa, tras el triunfo electoral de François Mitterrand y el PS, pueden resumirse en estos puntos cardinales: incremento del salario mínimo; reducción de la jornada laboral; incremento de la fiscalidad directa e indirecta; participación sindical en la gestión de las empresas; nacionalización de la banca y los grandes grupos industriales; aumento de la inversión e intervención directa del Estado en los negocios económicos; reconquista del mercado interior; intervención estatal directa en el campo de la investigación científica y tecnológica.

Electoralmente esta política era definida como un proyecto de relanzamiento del crecimiento económico a través del consumo popular y la reconquista del mercado interior: incrementando el poder adquisitivo de los sectores populares se relanzaría la producción industrial, para poder luchar eficazmente contra el paro, objetivo prioritario del Gobierno. Desde la izquierda y desde la derecha se coincidía en una reflexión histórica: tal proyecto político ya fue puesto en práctica en el país por León Blum, durante el Frente Popular. Para el PS y el PCF se trataba de un antecedente correcto. Para los liberales, por el contrario, la gestión económica de Blum fue una catástrofe histórica.

En la práctica, durante los primeros diez meses de gestión socialista, el proyecto global de nueva política económica ha sido dirigido de este modo:

— Al llegar al poder, Mitterrand decretó un incremento del 3 por 100 del SMIC (salario mínimo). En el Consejo de ministros del 24 de febrero último, el ministro de Trabajo proponía un nuevo incremento del 2,6 por 100. A lo largo de 1982 el incremento global del SMIC podría alcanzar un aumento del 4 o 5 por 100. Un aumento del salario mínimo del 5,6 por 100 en diez meses y un aumento (máximo) del 8 por 100 en quince meses, cuando la inflación, en ese intervalo de tiempo, oscila en torno al 14 por 100, no parece una medida extremadamente peligrosa ni una audacia particular para «relanzar el consumo popular».

Por su parte, el ministro de Economía, Jacques Delors, propuso que el Estado diese un ejemplo espectacular: revisar trimestralmente los salarios de la Administración pública, incrementándolos regularmente en función de la inflación. Antes de ponerse en práctica, el ministro de la Función Pública, Anicet Le Pors (comunista), consideraba poco sensata tal proposición; y el Gobierno se veía obligado a retirar su proyecto antes siquiera de una primera aproximación.

En este terreno preciso de la política salarial, la gestión socialista no difiere radicalmente de la política intervencionista tradicional de la Administración pública francesa, bien al contrario.

— La reducción de la jornada laboral fue un caballo de batalla electoral importante. En los primeros diez meses de gestión, la jornada semanal ha sido reducida en una hora. El objetivo final es la conquista de la semana de treinta y cinco horas en el próximo quinquenio. El primer ministro, Pierre Mauroy, ya ha hecho una primera advertencia: no será posible continuar la reducción de la jornada laboral sin que la remuneración no sufra una alteración paralela; a su juicio, no parece sensato pensar en una reducción de la jornada laboral sin reducir la remuneración, para no desequilibrar la productividad y perder puestos en los mercados exteriores. El sindicato socialista CFDT, socialista autogestionario (equivalente a la UGT española), estima demagógicas y peligrosas las propuestas comunistas de reducir la jornada laboral incrementando los salarios; política que, a juicio de la CFDT, conduciría a la bancarrota económica.

En este terreno, la política gubernamental es una prolongación de los compromisos contraídos entre Helmut Schmidt y Valéry Giscard d'Estaing: ambos jefes de Estado habían considerado indispensable negociar una negociación continental, europea, de la jornada laboral para no provocar problemas nacionales, derivados de un proceso estrictamente nacional, que modificaría las reglas de juego del Mercado Común Europeo.

— La negociación de un nuevo sistema fiscal es un problema decisivo: que no ha sido abordado durante los primeros diez meses de gobierno. En el proyecto oficial de gobierno del primer semestre de 1982, la reforma fiscal todavía no figura en el calendario. En este terreno, peligrosamente vidioso, el Gobierno se limita a reforzar considerablemente el vasto aparato intervencionista estatal, sin modificar, por ahora, las reglas de juego establecidas.

— La creación de un Ministerio de la Investigación Científica y la Tecnología, con rango de Ministerio de Estado, consagrando a investigación nacional un 2,5 por 100 del PNB, subraya con énfasis un aspecto fundamental de la nueva política económica: la gestión socialista francesa, en este terreno, pone en práctica los modelos de gestión japoneses TM, en la mejor tradición del intervencionismo estatal local, cuyos antecedentes son Colbert (primer fundador de las empresas públicas francesas), los economistas del despotismo ilustrado y el mismo general De Gaulle.

²⁴ *The Economist*, «The new France: A survey», 27-11-82.

El tanto por ciento del PNB invertido marca, efectivamente, un relanzamiento del sector, pero tampoco constituye un hito histórico en el marco occidental. Cualquier empresa multinacional estadounidense consagra proporciones mucho más considerables de sus ventas y beneficios al mismo fin.

El Concorde (De Gaulle), el Plan Informático Nacional (Giscard d'Estaing), el Centro Pompidou (Georges Pompidou), el Airbús (Pompidou-Giscard d'Estaing), la Renault (De Gaulle) son los antecedentes directos de la «nueva política» de dirigismo científico.

— La participación sindical en la gestión empresarial, la «democracia laboral», fue otro caballo de batalla ideológico en las últimas elecciones presidenciales y legislativas; a los diez meses de gestión socialista, es imposible hacerse una idea práctica y concreta de los proyectos gubernamentales: toda vía no ha sido avanzado ningún proyecto concreto; y en el plan de trabajo gubernamental del primer semestre del año tampoco figura tal participación como una prioridad inmediata. Será necesario esperar, pues.

— Sin duda alguna, la gran revolución administrativa de la gestión socialista, desde la óptica económica, ha sido la nacionalización de la banca y de los grandes grupos industriales. Automáticamente, Francia cuenta hoy con el sector público más extenso y poderoso del mundo occidental.

Según las cifras oficiales del Ministerio de Industria, en tanto por ciento del volumen de negocios, por sectores nacionalizados, la parte del Estado, antes y después de las nacionalizaciones, queda distribuida de este modo:

	<i>Antes</i>	<i>Después</i>
Siderurgia	1	80
Primera transformación del acero	1	58
Metalurgia y primera transformación de metales no féreos	13	63
Química de base	23	54
Textiles artificiales	0	75
Transformación de materias plásticas	4	15
Paraquímica	5	14
Farmacia	9	28
Vidrio	0	35
Materiales de construcción y cerámica	1	8
Papel cartón	0	9
Fundición	4	22
Trabajo de metales	2	8
Máquinas-útiles	6	12
Equipo industrial	3	14
Material pesado (manutención, minas, siderurgia, ingeniería civil)	0	5
Armamento	58	75
Burocrática e informática	0	36
Material eléctrico	0	26
Material electrónico, familiar y profesional	1	44
Equipamiento familiar	0	25
Construcción naval	0	17
Construcción aeronáutica	50	84
Total ramas industriales	18	32

A tal proceso de estatización industrial es necesario añadir la nacionalización de la banca: hoy, el Estado francés controla entre el 76 y el 80 por 100 de los créditos concedidos y un 95 por 100 de los depósitos bancarios. Ningún gobierno de ningún país occidental había osado jamás una experiencia estatista de tales proporciones.

El grado de socialización de la vida cotidiana parece bien evidente con algunas cifras puerilmente básicas:

— La función pública cuenta en Francia con cuatro millones de asalariados. Es decir, un 17,23 por 100 de la población activa francesa (23.210.000 ciudadanos en 1981) está integrada por funcionarios remunerados por el Estado.

— Sólo la nómina laboral de los nuevos grupos industriales nacionalizados ascendía (1981) a 1.158.519 asalariados²⁵. La nacionalización de la banca afecta a otros 70.000 empleados. Es decir, las nacionalizaciones convierten en funcionarios y empleados del Estado a 1.228.519 asalariados, otro 5,29 por 100 de la población activa francesa.

— Si a tales cifras se suma el número de asalariados de los sectores ya nacionalizados anteriormente y los profesionales de la política, se llega a una conclusión evidente: del 25 al 30 por 100 de la población activa francesa está funcionarizada. Es decir, uno de cada cuatro, uno de cada tres trabajadores franceses, tienen sus ingresos íntimamente ligados a la función pública, el Estado y sus decisiones y política, económica e ideológica.

Liberales y conservadores estiman que tal proceso es «peligrosamente estatista» y «atenta contra los principios básicos de la libertad en Francia». Por el contrario, socialistas y comunistas estiman que las nacionalizaciones son el arma estratégica decisiva de la experiencia socialista francesa. Y el costo mismo del proceso de la nacionalización es objeto de una viva controversia. En principio se ha estimado²⁶ que sólo las indemnizaciones monetarias serán superiores a los 38.000 o 40.000 millones de francos. Y a esa cifra será necesario añadir los intereses escalonados a lo largo de quince años de las obligaciones adquiridas por el Estado, convertido en accionista y patrón único. Para el Gobierno se trata de un impuesto nacional, que considera inevitable. Para el alcalde de París, Jacques Chirac, por el contrario, ese elevado costo monetario «representará una mayoración importante de los impuestos que deberá pagar cada familia durante los próximos quince años». A juicio de Chirac, esos 40.000 millones de francos habrían sido mucho mejor utilizados creando 475.000 empleos y puestos de trabajo.

La experiencia, no obstante, acaba de comenzar: hasta el mes de febrero de este año, el proceso estuvo atascado políticamente. Durante diez meses, pues, la gestión del sector público más importante entre las democracias occidentales estuvo literalmente paralizado por razones administrativas e ideológicas. A partir de febrero se pone en marcha la gestión impuesta por el nuevo

²⁵ *Le Monde*, 14/15-VI-81.

²⁶ *Le Monde*, 21-1-82.

Gobierno. Y un primer dato se desprende de modo palmario: los directores generales nombrados por el Estado son, en su mayoría, gestores de reconocida solvencia en la empresa privada y pública durante los últimos veinte años de vida nacional. El ministro de Industria, Pierre Dreyfus, fue director general de Renault desde los tiempos del general De Gaulle. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Está por ver el resultado práctico de la experiencia. Las primeras reacciones de los medios financieros internacionales son prudentes en grado sumo. El influyente *Financial Times*, por ejemplo, comenta: «Las nacionalizaciones pueden ser utilizadas para proteger puestos de trabajo o para promover la competitividad»²⁷, y *Business Week* ^ se limita a constatar que, en el terreno de la inversión industrial dirigida por el Estado, «los socialistas planean un crecimiento de la inversión muy reducido en el sector público tradicional».

Las reticencias políticas internacionales ante el proceso francés, por el contrario, se manifiestan nítidamente entre los aliados europeos: la Comisión de la CEE ha abierto una investigación oficial para dilucidar si las nacionalizaciones y las ayudas monetarias directas e indirectas del Gobierno francés a muchos sectores industriales no constituyen una violación de algunos artículos del Tratado de Roma. Industriales italianos, ingleses, alemanes, holandeses y belgas han presentado ante las instituciones de la CEE (Comisión, Parlamento) quejas de «competencia ilegal», y estiman que sus intereses son vulnerados peligrosamente a través de la estatización francesa, que convierte a las compañías nacionales en máquinas de guerra económica, sosteniendo artificialmente mercados, empleo y competitividad a través de subvenciones que estiman ilegales.

El Parlamento Europeo, en su sesión del 15 al 19 de febrero de este año, volvió a plantear tales problemas en un debate público, ligado, a todas luces, a la «reconquista del mercado interior» francés. En el debate del Parlamento Europeo se planteó el problema en toda su crudeza; a juicio de los aliados europeos, la nacionalización y la «reconquista» nacional pueden encubrir dos principios peligrosos para el resto de las economías europeas:

— La reconquista del mercado interior se interpreta como un método vulgar, antiguo, peligroso y nacionalista de cerrar las fronteras nacionales a los productos de otros países, violando, entonces, la libertad de comercio, reinstalando a Francia tras las murallas aduaneras de la gran tradición chauvinista y nacionalista más arcaica.

— La nacionalización *in extremis* crea, desde ese punto de vista, una situación comercial de competencia desleal: siendo el Estado la empresa única, cerrando su mercado nacional, impone al resto del tejido industrial europeo unas condiciones de competencia falseadas por las subvenciones y el nacionalismo comercial más estrecho.

El Gobierno francés, hasta ahora, se defiende agresivamente, afirmando

²⁷ *Financial Times*, «The dangers of nationalisation», 24-11-82.

²⁸ *Business Week*, 15-11-82.

que la libertad de comercio y la internacionalización de la competitividad comercial no serán puestas en duda nunca. No obstante, el primer ministro, Fierre Mauroy, debe consagrar una visita y viaje especial para defender su política ante las instituciones europeas (Comisión), dispuestas a ejercer su derecho jurídico al veto. Sin duda, Francia tendrá siempre una política económica independiente y soberana, que nadie pone en duda; pero cuando en Europa existen ya 10,7 millones de parados, los demonios nacionalistas envenenan aquí y allá un diálogo entre aliados, que sufre violentamente de diferencias de criterio que, en otras circunstancias, no correrían el riesgo de agravar una de las grandes crisis institucionales de la CEE.

Este breve catálogo de medidas básicas de política económica se ha traducido en un desequilibrio presupuestario brusco, que ha merecido una primera advertencia del ministro del Presupuesto al presidente de la República²⁹, subrayándole su alarma. En principio, el ministro de Economía, Jacques Delors, había decidido limitar el déficit presupuestario al 3 por 100 del PIB, unos 115.000 millones de francos. Apenas seis semanas más tarde (finales de febrero), el déficit ascendía ya a unos 130.000 millones de francos. Se trata de una recaída presupuestaria muy brusca: en 1980 el déficit apenas ascendía a los 30.000 millones de francos, un 0,75 por 100 del PIB.

Proporcionalmente, el déficit francés será levemente superior al déficit holandés (3 por 100 del PIB) o alemán (3,5 por 100 del PIB); y más de tres veces superior, proporcionalmente, al déficit inglés (1,3 por 100 del PIB), estadounidense (1,5 por 100 del PIB) o el japonés (1,9 por 100 del PIB).

En menos de diez meses, Francia pasa de ser un país presupuestariamente regido con una extrema prudencia a tener un endeudamiento que se encuentra muy por encima de la media occidental y está cercano, proporcionalmente, a la vía de los países con graves problemas presupuestarios.

Tal endeudamiento coincide con otra cifra macroeconómica extremadamente sensible: la inflación francesa era, continúa y será este año tres veces superior a la alemana. Y, al mismo tiempo, en el último semestre el déficit del comercio exterior francés cae, asimismo, de modo llamativo. En enero de 1982^x el déficit de los intercambios exteriores se elevó a los 8.900 millones de francos. El desequilibrio de la balanza comercial francesa se inició en septiembre del año pasado: y representó, durante los últimos cuatro meses del 81, una media de 6.400 millones de francos.

Esas cifras macroeconómicas, extremadamente precisas y oficiales, plantean las cuestiones básicas de la percepción exterior del modelo socialista francés. Tal conjunción de un déficit presupuestario creciente con una inflación (del 13-14 por 100) tres veces superior al primer interlocutor económico francés (la RFA), y una balanza comercial igualmente deficitaria de modo

²⁹ No deja de ser sintomático, igualmente, que tal advertencia sea hecha pública en las páginas del semanario socialista/socialdemócrata *Le Nouvel Observateur*, defensor sin fisuras de la política gubernamental y presidencial, con un artículo particularmente admonitorio: «Un budget qui dérape», de Roger Priouret, 27-11-82.

³⁰ *Le Monde*, 28-II/1-III-82.

institucional, tienen para todos los analistas financieros independientes el mismo análisis final: «La moneda nacional, el franco, corre el riesgo de una nueva devaluación a lo largo de este año»³¹.

Las primeras aproximaciones presupuestarias para 1983, realizadas por el Ministerio del Presupuesto, *avanzan* un déficit de 200.000 millones de francos. Cifra que, efectivamente, no constituye un motivo de tranquilidad particular, en una coyuntura de crisis económica internacional. Sólo para los siete meses últimos de este año se prevé que el Estado deberá solicitar a la Banca de Francia la «creación de medios de pago sin contrapartida» («dar a la máquina de hacer billetes») por un montante de 65.000 millones de francos. Para frenar la inflación directa provocada por tales medidas, el Gobierno intenta parapetarse en el dirigismo y el control de precios; pero los últimos cuarenta años de la historia económica de Francia ponen de manifiesto que el control riguroso de precios no ha impedido nunca que Francia tenga, en ese intervalo de tiempo, una inflación tres o cuatro veces superior a la alemana, donde la liberación de los precios ha sido una regla de oro de todos los gobiernos, demócrata-cristianos o socialdemócratas y liberales.

Los primeros síntomas, las primeras indicaciones presupuestarias y el primer esbozo de política económica anunciado por Mitterrand provocó una devaluación del franco del 8,5 por 100 con respecto al marco alemán, en el seno del Sistema Monetario Europeo (SME), el 4 de octubre de 1981. A lo largo de todo el otoño del año pasado se subrayó, en toda Europa, la posibilidad de una nueva devaluación del franco a lo largo de los próximos trimestres. A partir de las primeras semanas de 1982, tras conocerse los desequilibrios presupuestarios, de comercio exterior, tal eventualidad volvió a considerarse de modo particularmente plausible.

Y se perfila nítidamente un mecanismo político-económico que marca y determina el resto de la experiencia francesa en el marco nacional y europeo:

— La política nacional se define en París. Pero esa política arroja unas cifras macroeconómicas (déficit presupuestario, déficit exterior, endeudamiento nacional, inflación persistente) que se perciben con reserva por el resto de los aliados europeos.

— Francia continúa siendo una potencia mundial y su capacidad de endeudamiento es alta y considerable; pero los datos macroeconómicos arrastran consigo una cotización a la baja del franco, que sufre una devaluación a los tres meses de la llegada al poder de Mitterrand. Si el déficit presupuestario y comercial no se detiene de modo terapéutico, los riesgos de una próxima devaluación vuelven a crecer. Pero ahora los riesgos son mayores: lo que está en juego es la supervivencia del Sistema Monetario Europeo (SME). Y esa amenaza es un riesgo para el resto de la comunidad europea.

La noche del 21 al 22 de febrero de este año el SME volvía a sufrir un nuevo ataque en regla: las monedas belga y danesa eran devaluadas. Tras una

³¹ Cito un testimonio entre muchos otros posibles: «Risques sur le franc cette année», de Philippe Lefournier, en el quincenal económico independiente *L'Expansion*, 8/21-1-82.

década de gestión socialdemócrata, con un endeudamiento presupuestario masivo (10,8 por 100 del PIB), el nuevo Gobierno belga (liberal) emprende un plan de austeridad, que conlleva la devaluación. Automáticamente, el franco se encuentra a la cabeza de las monedas europeas amenazadas: «Se renuevan las presiones sobre el franco francés», titula a cinco columnas el *Financial Times*³².

Durante tres años (marzo del 79 a marzo del 82) el SME funcionó correctamente: el conjunto de las monedas de los países miembros oscilaron con un margen de divergencia del 2,1 por 100 (al margen del estatuto particular de la lira italiana). A partir de la primavera del 82, el SME entra en un período de grave incertidumbre³³, donde se amontonan problemas particularmente graves.

La debilidad de las monedas belga, italiana, irlandesa y francesa son un peligro para la comunidad. Sin embargo, hay matices sensibles: el peso monetario de Bélgica o Irlanda es infinitamente más pequeño que el de Francia (quinta potencia comercial mundial, tercera potencia atómica). Encontrándose la lira italiana en una posición de marginación institucional (con un margen de oscilación tres veces superior, desde la creación del SME), la estabilidad del franco francés, y fundamentalmente su cotización con respecto al marco alemán, se convierte en la cuestión decisiva para el futuro de la solidaridad monetaria continental.

El problema político que se plantea es, pues, particularmente agudo: ¿hasta cuándo puede contenerse la paridad del franco y el marco, cuando la inflación es tres veces superior en Francia y los déficit presupuestarios y de comercio exterior son igualmente divergentes de modo sensible, y ambos países practican una política económica disímil? En su origen, el SME fue concebido, por el canciller Schmidt y el presidente Giscard d'Estaing, como arma monetaria para la creación de un espacio de solidaridad monetaria, sólo imaginable cuando las políticas económicas de los aliados europeos coinciden en los puntos capitales, con un margen de maniobra del 2,1 por 100 de oscilación en la cotización de sus monedas. Hoy es imposible avanzar ninguna respuesta convincente: sólo la historia dirá si —o no— los índices de divergencia considerables entre Francia y sus aliados continentales constituyen un obstáculo o hacen posible la solidaridad europea.

* * *

En definitiva, el modelo socialista francés plantea una de las cuestiones cruciales del fin de siglo: ¿son plausibles los modelos nacionales en la nueva economía mundial?; ¿es posible una experiencia nacionalista solitaria en el marco del modelo de la interrelación; planetaria y universal?; ¿puede el dirigismo político e ideológico imponer sus criterios contra la brutalidad de los hechos económicos mundiales y universales?...

³² *Financial Times*, 23-11-82.

³³ Una advertencia, entre otras: «This snake is not poisonous», en *The Economist*, 27-11-82.

Todo parece indicar y subrayar que Francia intenta, en los años ochenta, una experiencia nacionalista consumada, en Suecia y en Inglaterra, por ejemplo, muchos años atrás, con una fortuna y aprobación democrática y electoral muy discreta al final de cada proceso. El modelo laborista inglés parece el más semejante, sin duda: idéntica idealización romántica de la ciencia; semejante puritanismo nacionalista («Consumir y producir francés»...), un *slogan* místico y arqueonacionalista, muy cercano al más reaccionario *poujadismo*: cuando uno de cada cuatro trabajadores franceses tienen su puesto de trabajo hipotecado en la exportación y la integración en el mercado mundial); similar pragmatismo diplomático-militar; paralelo origen social de las élites dirigentes: funcionarios, maestros, intelectuales (profundamente marcados por su formación rural y religiosa familiar; el caso de Mitterrand es arquetípico al respecto), con muy escasa experiencia en materia de gestión económica y nula experiencia internacional (Mitterrand, por ejemplo, no habla inglés; ni su primer ministro tampoco), que se sienten investidos con un mandato patricio y ecuménico de carácter misional, que defienden con la mejor oratoria romántico-parlamentaria, sin recurrir jamás a la vulgaridad de un tosco *background* económico o comercial. Está por ver cuál será el resultado empírico de tal *cocktail* oratorio e ideológico: la realidad y el tiempo dirán cuál es su grado de adecuación al proceso histórico que azota de modo inclemente a nuestra civilización.

Los socialistas franceses creen, por su parte, que su modelo tendrá validez universal. Sobre tal experiencia se cierne, no obstante, la torva realidad internacional: las relaciones políticas Este-Oeste inciden en la conquista de los indispensables puestos en el comercio con el Tercer Mundo; la guerra Irán-Irak incide en el precio del petróleo; la restauración del equilibrio atómico Este-Oeste incide en el presupuesto americano y, en consecuencia, en el precio del dinero americano; el precio del dinero, en Nueva York, incide en el mercado mundial; la demografía árabe incide en el precio de los productos agrarios internacionales; la guerra económica de las industrias, a escala mundial, no permite respiros ociosos: cualquier error se paga de modo implacable; una divergencia política entre dos aliados europeos se transforma en una catástrofe para las pequeñas industrias locales de las regiones pobres del continente; la no percepción exterior de cualquier experiencia local se transforma en un desequilibrio monetario peligroso. Cualquier desequilibrio monetario se convierte en una amenaza económica, cuando la marea negra del paro y la inflación convierten los discursos ideológicos en un acto de vampirismo intelectual que se nutre con la sangre derramada que la generosidad verbal no siempre puede ocultar con su logomaquia.

J. P. Q.*

* Escritor y periodista,